



Misión del Vau-
pés: Raudal del
Diablo



laban millones a aquella tira de papel. Todo fue inútil, y a un ciego de indignación, creyendo que se le engañaba, llenó de injurias al que le ofrecía su salvación.

Remordimiento tardío

Si alguna vez vais a Villa-Cabezones, acercaos a la cárcel y oiréis cómo, por una alta claraboya abierta en el macizo muro, se escapan los tristes gemidos de un preso que se lamenta sin cesar de no haberse aprovechado del generoso ofrecimiento que su acreedor le hacía. ¡Ay de mí! repito día y noche al compás de sus cadenas, ¡ay de mí! qué fácilmente pude librarme de esta espantosa prisión. ¡Necio de mí! ¡porqué no quise entender lo que valía el precioso cheque, ofrecido

con tanta generosidad por mi bienhechor?.....

Pero ese hombre era un imbécil, un estúpido, dirá algún lector amigo; y en efecto, así piensan algunos. Pero hay otros, y por desgracia en número no escaso, que opinan lo contrario, y sostienen que ese testarudo ciudadano de Villa-Cabezones era todo un carácter, un intelectual, un *espiritu fuerte*, un hombre ilustrado. ¿Qué no es posible tal manera de pensar en gentes que no han perdido el seso? Leed las líneas que siguen.

Moraleja-Deudores

Cuando el hombre ofende a Dios gravemente, (y le ofende así, no sólo cuando roba o mata, sino también cuando falta en materia

grave a cualquier mandamiento de Dios o de su Iglesia) contrae una deuda para con la justicia divina: esto hasta un pagano lo concede, si deja que hable el criterio de la recta razón. Ahora bien: ¿cómo pagar esa deuda, que para no pocos representa una vida entera de infracciones de todas las leyes divinas, una cadena no interrumpida de ofensas asu Criador y Redentor? No hay en los recursos *naturales* del hombre medio alguno para ello; y para apelar al medio excelentísimo y sobrenatural del dolor de *contrición perfecta*, es preciso aceptar y desear los medios positivamente establecidos por Dios mismo para otorgar el perdón, después de la regeneración primera, obtenida en las

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 43

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO XIII

Las pesebreras

Las pesebreras en que fui colocado no eran de las mejores. Su dueño afectaba creer que lo mejor para que las bestias se mantengan gordas es el método y la sobriedad: sólo a horas determinadas se llenaban las pesebreras, aunque a otras aquejase el hambre a los parroquianos; y digo mal cuando digo que se *llenaban*, pues nunca las vi llenas. La escasa hierba fresca y sabrosa que se nos daba iba vuelta con paja o tamo, de trigo,

alimento a que los caballos de la Sabana somos muy poco aficionados.

Lo escaso del crédito de que gozaba el establecimiento hacía que ninguna bestia permaneciera en él por mucho tiempo, de que resultó que, mientras estuve allí no tuviera sino relaciones pasajeras con algunos caballos. Para colmo de males, faltaba el ased, y los malos olores y los mosquitos me atormentaban.

Mi nuevo amo principió con mucho fervor a poner en práctica el concepto de los facultativos. Todas las mañanas, lloviera o tronara, era yo llevado a la casa por el muchacho que en ella servía, que se llamaba Juan Luis, uno de los marrulleros más insignes que he conocido, pero aun más simpático y deshablado que marrullero.

Paseos terapéuticos

Del primer paseo que dió el Se-

ñor Avila quedó tan hechizado, que al apearse dijo a su mujer que nunca había de dejar pasar un día sin salir a caballo; que merced a este paseo y al viaje que había hecho a Hatonuevo, se sentía vigorizado; que tenía muy buena gana de almorzar; que no comprendía como tantas personas que pueden dar tales paseos se privasen de ellos; y, finalmente, que era preciso enviar algún regalo a D. Cesáreo, pues no le quedaba duda de que sólo a la benevolencia y obsequiosidad de aquel bello sujeto debía el haberse hecho por un precio relativamente moderadísimo, con un caballo que, en concepto suyo, era el cúmulo de las perfecciones que pueden adornar a un individuo de su especie.

Este elogio, lejos de halagarme, me avergonzó: pensé en el condenado coleo, y al acordarme de él,